

es una pequeña bestezuela, a la cual atrapan los «palomillas» del barrio, como algo que es de propiedad pública. Y, sin embargo, en el fondo de esa infeliz criatura hay un noble anhelo, como es el de tener un hijo. Y ese hijo llega un día a agitar su entraña. Pero es el producto del vicio de sangres taradas, de bestiales ayuntamientos incapaces de engendrar vidas saludables y vigorosas.

«En la noche», «Una vida», «La Broma», «Una Mujer» es el título de los demás cuentos que integran el volumen de Eugenio González. Cada uno de estos cuentos muestra un aspecto distinto de las facultades creadoras del autor. Muestra distintos matices tanto en la manera de dar formas a su arte literario, como en el acierto de la psicología que les infunde. Hay delicadeza y finura en los retratos de ese niño inválido que sueña con el amor, y una desgarradora tristeza en esa mujer fea que se cree protagonista de un inesperado romance. «Una Mujer» corresponde a una interesante figura femenina, víctima del eterno conflicto de las almas a quienes el amor hace sufrir.

Todos estos seres cumplen un «destino». Ese destino que el autor, de acuerdo con los principios que rigen la vida, les impuso.—JUAN GAUSSIN.

<https://doi.org/10.29393/At180-16HSJG10016>

EL HOMBRE Y LA SOLEDAD EN LAS TIERRAS MAGALLÁNICAS, por
Domingo Melfi.—Ediciones Atenea

Una visión emocionada, rica en descripciones del paisaje y exornada por felices aciertos de interpretación de la naturaleza y del movimiento humano allá en el lejano sur chileno, constituye este libro que Domingo Melfi ha escrito sintiendo que todas aquellas imágenes que se quedaron en su retina, agitaron con inusitado ritmo su corazón de escritor.

El libro está dividido en tres partes: «El Paisaje», «La Lucha con la Naturaleza» y «La Colonización». El autor fué recorriendo, poseído por sorpresivo gozo espiritual, toda esa maravillosa ruta que conduce a los misteriosos cerros de nieve y sintiendo una admiración profunda hacia aquellos hombres que se atrevieron a desafiar una naturaleza bravía y hosca como ninguna, en nuestro país, y desgarrar esa terrible soledad que sólo interrumpía el tormentoso viento de las pampas magallánicas. Allí donde viven ahora inmensos rebaños de ganados, que han hecho la fortuna de muchos de esos esforzados pionners que se aventuraron a luchar, no sólo contra la ruda y feroz inclemencia del clima, sino que expusieron sus vidas a un desamparo total.

La historia de Magallanes está plagada de episodios dramáticos, que demuestran hasta qué punto el espíritu de aventura arrastró a esos hombres ansiosos de fortuna, que forjaron un destino moldeado de acuerdo con su voluntad indomable. Porque hay que considerar que la lucha no era sólo contra la dura y empecinada rebeldía de la naturaleza y del clima, sino contra el hombre mismo que en aquellas regiones inhospitalarias se transformaba en una fiera, que estaba siempre en actitud de acecho para atentar contra el vecino a quien podía quitarle su tesoro, o por temor de que le arrebataran el suyo.

Melfi, en este libro, nos describe el paisaje en primer término, para de esta manera situar al lector frente a ese estupendo escenario, en donde los conquistadores de la tierra libraron su más recia batalla. Veamos cómo describe algunos de los espectáculos de la naturaleza magallánica que le tocó presenciar;

«Una tarde—escribe el autor—vimos detrás del ventisque-
« ro de San Rafael, en las inmediaciones del Istmo de Ofqui,
« un cono nevado que ardía al sol, cubierto de oro. La falda
« del monte parecía bañada de sangre. Hacia abajo corría, en-
« durecido, el torrente de hielo. Aquel cono se levantaba sobre

« el cielo azul, a esa hora, al modo de un centinela gallardo y
« prepotente. Perfilaba su arista luminosa y de ella se despren-
« día un vaho que llenaba de claridad el río de los Témpanos,
« por el cual navegábamos lentamente. Volvimos a doblar la
« punta del Leopardo, montuosa y larga como el pez espada,
« cruzamos el paso hirviente de Quetzauet y embocamos de
« nuevo al canal de Elefantes».

En esta forma, nos va poniendo Melfi, en contacto con el paisaje austral. Paisaje de fiordos, de canales en cuya margen se corta un blanco precipicio; o de altos montes como el que acaba de describir, cubierto de nieve, que las luces solares visiten de un ropaje de maravilla. Experimentamos al propio tiempo, mediante el noble y elegante estilo del autor, todas sus emociones, y sensaciones de deslumbramiento, o de impresionante recogimiento, cuando vemos a través de sus páginas coloridas y palpitantes el desfile de témpanos espectrales que, como leemos en las páginas que a esa visión se refiere: «es un mundo fragmentado y blanco, que se mueve sobre el agua verdosa sin expresión alguna de vida». Esos témpanos son fantasmas de un mundo quimérico o de una edad desaparecida.

Y luego la noche en la soledad: «Es una noche opresora extendida hacia lo remoto e indeterminado. Abrumada de astros centelleantes y de sombras hirsutas». El autor sobrecogido por esa espesa y abrumadora soledad de la noche austral, junto a los ventisqueros que deshacen su alba mole, en piélagos de profundidad insospechada, piensa en aquellos audaces navegantes que cruzaron por allí en débiles barquichuelos, En Ladrillero y en Sarmiento de Gamboa, que debieron soportar «penurias infinitas y terrores cósmicos».

Y tras la angustia de esa inmensa noche, «el gozo de la luz», que llega hasta el corazón como una clarinada de alegría, como un renacimiento dichoso de verse frente a la vida y a la esperanza. Entonces dice Melfi:

«El horizonte se ensancha, se llena de pasión y de ternu-

ras. El sol enciende la soledad y le comunica un esplendor irreal. Las islas se levantan como jardines y parecen también dominadas por la alegría frenética de la luz. El agua fulge al modo de un diamante. Se embriaga de irisaciones, de matices sutiles. El agua se dobla fina y lánguida, se entrega a esa voluptuosidad de posesión, rendida, penetrada por las fibras impalpables de oro que el sol siembra desde lo alto».

La descripción, no necesita comentarios, pues el que está leyendo contempla a la vez el espectáculo, por medio del milagro de estas palabras, traspasadas también de sutilezas poéticas. Nada sobra ni falta en esta maravillosa descripción. Y de esta manera seguimos haciendo el viaje. Conoceremos después, la lucha del hombre contra la naturaleza, en que hay verdaderos aciertos de interpretación de una época de la cual no quedaron, casi vestigios. Sólo la imaginación del escritor ha podido, por medio del arte literario, restaurar todos aquellos pasajes de esa lucha. Algunos de ellos son verdaderamente dantescos, en esa tierra maldita, en la que no había otra cosa que desamparo.

Y, sin embargo, la audacia, la resistencia para soportar el sufrimiento, hizo que el esfuerzo de aquellos aventureros recalcitrantes, tuviera un día un resultado formidable. Abandonadas de los poderes públicos, las regiones magallánicas lo deben todo al esfuerzo de esas gentes. Y esto es lo que vemos en detalle en estas hermosas páginas del libro, en que Domingo Melfi ha dejado consignadas sus impresiones de viaje por esas tierras. Allá donde parecía una locura intentar disputarle a la naturaleza y al clima, los tesoros que encerraba.—J. G.